

Historia de un inmigrante Guadalupe Malagon Barajas

Silvestre creció en Romita, México con su madre, padre y hermanos. Silvestre creció siendo el quinto de seis hijos. Silvestre creció muy pobre, vivía en una casa muy deteriorada hecha de adobe. Silvestre creció en una casa de una sola habitación e incluía la cocina. Apenas había espacio suficiente para que ellos durmieran.

Vivió en esta casa con el resto de su familia hasta 1993, el año en que cumplió 13 años y cuando decidió mudarse a los Estados Unidos. Decidió mudarse a los Estados Unidos para poder ganar más dinero y poder tener una vida mejor para él y para su futura familia.

Silvestre llegó a los Estados Unidos con la ayuda de un coyote y con un grupo de personas que también querían una vida mejor para ellos y sus familias. Cuando llegaron a la frontera tuvieron que cruzar Río Bravo pero Silvestre tenía miedo porque no sabía nadar bien y tenía miedo de ahogarse. Tuvo que nadar durante 10 minutos a través del Río Bravo y luego caminar durante otra hora. A lo largo del viaje, se hizo amigo de otras personas del grupo que intentaban llegar a los Estados Unidos.

Cuando llegó a los Estados Unidos no conocía a nadie, pero algunos de los amigos que había hecho en el camino tenían familiares que vivían en los Estados Unidos y lo dejaron quedarse con ellos. Silvestre trató de encontrar trabajo pero nadie lo contrató porque era muy joven y no hablaba ni entendía inglés. Se sintió muy desanimado e incluso pensó en darse por vencido y regresar con su familia a México. Había hecho un sacrificio muy grande, despedirse de su familia y amigos sabiendo que probablemente nunca los volvería a ver, pero nadie le daba una oportunidad.

Durante estos tiempos, tuvo que depender de los demás porque no sabía cocinar muy bien. Pero afortunadamente, algunos de sus nuevos amigos estaban dispuestos a enseñarle las pocas cosas que sabían hacer. Preparaban comidas sencillas como frijoles, chile y sopa.

Un mes después de llegar finalmente encontró trabajo en el campo. Ganaba 450 dólares trabajando desde las 5 o 6 de la mañana hasta las 8 o 12 de la noche. Vivía muy frugalmente para poder enviar algo de dinero a su familia para que pudiera construir una casa mejor y más grande y vivir más cómodamente.

Silvestre no podía hablar con su familia muy a menudo porque en ese momento solo había un teléfono por lo general en una tienda y tenían que comprar una tarjeta para poder hablar entre ellos, pero la tarjeta solo le daba 15 minutos de comunicación.

Con el paso del tiempo, vio lo diferente que era Estados Unidos al pueblo en el que había crecido. Silvestre extrañaba su hogar, sus amigos y su familia. Antes de mudarse, podía ver y hablar con su familia cuando quería, pero ahora no podía verlos y el tiempo que podía hablar con ellos era muy limitado. También extrañaba todos los festejos que realizaba su ciudad natal, en especial los festejos en diciembre.

Hubo muchos momentos en los que sentía que no pertenecía porque no podía entender el idioma pero poco a poco se fue acostumbrando a las diferencias entre la vida de antes y la vida de ahora. Sabía que a la larga, sus sacrificios significarán una vida mejor para él y su familia.

30 años después, Silvestre todavía vive en los Estados Unidos y ha formado su propia familia. Ha aprendido a hablar inglés bastante bien y se ha acostumbrado a vivir en los Estados Unidos, pero aún tiene momentos en los que extraña a su familia y su ciudad natal. Silvestre ha mirado hacia atrás y ha visto todo por lo que ha pasado pero no se arrepiente de haber dejado su familia por una vida mejor en los Estados Unidos.